

## NOTAS

### DIVAGACION FILOSOFICA EN TORNO DE RECIENTES AFIRMACIONES

En una de sus grandes Encíclicas, Pío XI encargaba a los Obispos velasen, de un modo especial, para que los conceptos religiosos fundamentales no viniesen a quedar vacíos de su contenido esencial y torcidos en sentido profano. Si no nos amenaza una confusión de lenguas, nos agobia la falta de claridad, la ambigüedad de los conceptos.

Hacia constar el Papa que se encuentra en este caso el nombre tres veces santo de Dios: unas veces sólo significa el vago e impersonal destino; otras, no es más que una etiqueta vacía de sentido, aplicada a cualquier invención más o menos arbitraria de teorías y aspiraciones humanas. Entre nosotros, con cierta frecuencia, el nombre sagrado de la divinidad entra en expresiones que saben a panteísmo: no está quizá en la mente de quienes las emplean, pero traduce al menos una insuficiente formación filosófica.

Es en el campo de la filosofía, en efecto, de esta reina de las ciencias humanas, que brota esta confusión de conceptos; de un modo especial en el sector de la axiología, o teoría de los valores, que nos ha venido de Alemania. Sin desconocer el mérito del esfuerzo intelectual hecho en esta dirección, nos parece advertir la tendencia a excluir de los límites de lo cognoscible, lo que no es representativo o reductible a representaciones; y lo que reviste aún mayor gravedad, es que se prescinde del orden sobrenatural, resultando la tabla de valores falsa y totalmente inadecuada para la humanidad en que nos toca vivir, ya que no tenemos aquí la fatuidad de afirmar la superioridad de nuestra raza, que no tiene pecado y no necesita la gracia, y que bastan nuestra propia voluntad y decisión como elementos de nuestro destino (1).

Si la filosofía de los valores acrece la importancia de la ética y de otras ciencias afines, y nos dice que los juicios morales son, por excelencia, juicios de valor, el valor de las acciones humanas, no depende tanto del hecho de su producción y de su materialidad, cuanto de su adaptación al ideal moral. Este ideal debe presentar los caracteres de *objetivo, necesario, inmutable y universal*; además, en el orden actual del mundo, que no es dado a nadie alterar o suprimir, tiene el carácter de *sobrenatural*, — lo que no significa inaccesible— y resulta falsa toda valoración ética, que no tiene en cuenta este punto esencial.

---

(1).—Afirmaciones de Rosenberg.

Vivimos en un mundo caído, es verdad, pero restaurado por la divina gracia, cuya influencia opuesta a la del mal se hace sentir doquiera, y tiende a orientar toda vida humana a la vida cristiana, porque todo hombre, por diversos títulos irrecusables, de derecho pertenece a Cristo, Rey del género humano, y la vida cristiana tiende, a su vez, como a su desarrollo normal a la vida mística. El que quiere sustraerse a la influencia de Cristo, mutila su inteligencia, y — añade con gran valentía Pio XI — *aquel que con sacrilego menosprecio de las diferencias esenciales entre el Hombre-Dios y los hijos de los hombres, osa colocar un mortal — o cualquier criatura — al lado de Cristo, o lo que es peor sobre Cristo, o contra Cristo*, merece que se le llame falso profeta, y se le puede aplicar la palabra terrible de la Escritura: *Aquel que habita en los cielos, se ríe de los tales*.

Por desconocer estas verdades, inaccesibles a quien perdió la fe cristiana, se colocan en un mismo plano de valores, cosas tan dispares como la gula, la salud, la fuerza, la lujuria y se lanzan afirmaciones como: toda realización de valores trae consigo la violación de otros valores, y así la realización estricta del valor de la justicia viola el valor del amor, que exige muchas veces injusticia; el que se dedica, por completo, a realizar valores religiosos, tiene que violar, por fuerza, valores biológicos y estéticos; el asceta va contra la expansión y belleza de la vida; la moralidad no tiene nada que ver con la felicidad (2).

Si se trata sólo de la frágil honradez o moralidad, a la que suele darse tal nombre en nuestro planeta, puede pasar la afirmación; pero si se trata de la perfecta moralidad cristiana, que va unida con la posesión de la gracia santificante y se traduce en amistad con el Dios que adora el cristianismo, del que dijo San Pablo a los Atenienses: no está lejos de vosotros, y es de El que en todo momento recibimos la vida, el movimiento y la existencia, cierto es que quien vive así, goza de la máxima felicidad que, aún cuando incompleta, es posible lograr en este mundo; felicidad que se traduce en paz espiritual, en medio de las más bravías contingencias humanas. En cuanto a la discusión sobre si es más feliz un justo crucificado que un cerdo bien nutrido entendemos que es ociosa, pues la felicidad del animal no pasa de metafórica, por ser ésta, fundamentalmente, de orden intelectual. En esto concuerdan los filósofos cristianos de todas las edades, frente a los axiólogos modernos cuyas divergencias son tan notorias como irreductibles. Además en todas las edades del cristianismo, miles de almas, aún no instruidas, han sentido y han vivido experimentalmente esta verdad y esta vida, cuya propagación y desarrollo tanto individual como social está confiado a la Iglesia Católica, con exclusión de cualquier escuela filosófica.

Con laudable modestia confiesa la axiología que no hay criterio preciso para determinar la magnitud y el rango del valor que se realiza, y por esto los criterios existentes son muchas veces opuestos. Es la mejor prueba de su insuficiencia y de la verdad de que habiéndonos Dios revelado por su Hijo, cuanto debemos creer y obrar para poseer, con plenitud, la vida sobrenatural, la revelación cristiana *no tiene, ni necesita, ni reconoce* ningún complemento de mano de hombre, *ni admite* tampoco rectificaciones o reemplazos por arbitrarias revelacio-

---

(2).—La filosofía católica no acepta ninguna de estas aseveraciones.

nes o, mejor, por lucubraciones humanas, derivadas de los nuevos mitos de la sangre y de la raza, o de nuevas tablas de valores no traídas del Sinaí, sino brotadas de cerebros que, aún cuando doctos en las ciencias humanas, son incapaces de penetrar en la esfera de la espiritualidad católica o sobrenatural.

Nada tiene de particular el hecho y ya lo afirma San Pablo (3): *El hombre natural, o no sublimado por la gracia habitual, no puede aceptar las enseñanzas divinas. Son todas una necesidad para él, y no las puede entender, pues con luz espiritual se han de juzgar, no bastando la de la razón.* El hombre espiritual, en cambio, juzga acertadamente de todo, y nadie con la sola luz de la razón le puede juzgar a él, por ser su incompetencia tan manifiesta como lo es la de un sordo para valorar una pieza musical. Su estado de ignorancia, en el campo sobrenatural lo pone, dice Santo Tomás, en situación parecida a la de quien duerme. Una persona bien despierta juzga acertadamente que está despierto y entregado a tal ocupación, y que el otro duerme; pero él que está entregado al sueño y duerme, nada sabe ni de sí, ni del que está despierto (4).

Victor CADILLAC, SS. CC.

---

(3).—I Cor. 2-14 y sig.

(4).—La Encíclica citada es la "Con viva inquietud" del 14/III/1937. Puede leerse en la Revista de la U. C. Agosto de 1937.